

trógrada marcha hácia las profanas tierras que nunca vieron el semblante del Salvador, ni oyeron las palabras de su boca!

Mi amargura aumentaba todavía cuando me figuraba que Dios era quien me cerraba las puertas del místico país de sus amores y sus iras; y suspiraba con dolorosísimos suspiros cuando murmuraba en mi interior mi pensamiento: «Dios no quiere.» Esta frase terrible que resonaba en mi alma, era para mí reprobacion manifiesta. Mi espíritu se agitaba presa de sentimientos verdugos; y al mirar que la mano de Dios me rechazaba á la entrada de la patria de su Hijo, sentía glacial terror circular por mis venas. Y concluía por convencerme de que me era forzoso purificarme á manera de María, la pecadora egipciaca, para que la mano del Eterno no me impidiera arrodillarme ante el sepulcro del Cristo.

CAPITULO XIII

REGRESO AL CAIRO

Y SALIDA PARA SUEZ.

Febrero 1º de 1873.

GOMENZABA apenas á salir el sol, cuando el mozo del hotel vino á dar fuertes golpes á la puerta de mi cuarto. Vestíme apresuradamente, y fui á abrir preguntando qué era.

—Un telégrama del Cairo, me contesta el criado.

Rompí la cubierta y leí el telégrama. Me lo mandaba Mr. Pablo Dieu, banquero y fino amigo mio de la capital. Él tenía cartas para mí venidas de Europa, y me hacia saber que no era necesario ya mi regreso á Nápoles. Apenas podia dar crédito á lo que veía. Me sentí inundado de alegría. En un momento acomodé mis maletas, tomé un coche y me dirigí á la estacion. Naturalmente tuve necesidad de esperar largas horas antes de partir. A las dos de la tarde salí de Alejandría, de bellissimo humor, y envolviendo en amor el universo.

Grande como mi abatimiento habia sido, vino á ser mi regocijo. El dia anterior no abrigaba ni una ligera esperanza de que la suerte cambiase en favor mio. Y al mirar ahora que el camino ayer cerrado, estaba franco ya delante de mis pasos, exclamé en mi interior lleno de emocion, como los primeros cruzados: «Dios lo quiere.»

Atravesé por tercera vez la distancia que separa Alejandría del Cairo. Ahora volví á tomar interes en mirar el paisaje. Torné á ver con ilusion el Mareotis, y los canales por donde corre el agua del Nilo y los fértiles campos celebrados por la historia de todos los siglos. Había salido del Cairo tres dias antes, cruzando este camino con el alma nublada, y ahora volvía á la capital de Egipto, mirando delante de mí un horizonte espléndido.

A las ocho de la noche llegué á mi destino. Fortunato, sabedor de mi regreso, me esperaba en la estacion, llevando un coche para conducirme al hotel. Volví á instalarme en el de «la Esfinge,» que mis lectores conocen, donde encontré antiguos compañeros de hospedaje, que me recibieron con gusto, y, sobre todo, al buen maese Béraud, que me hacia multitud de halagos y agasajos.

Dormí con el sueño de un justo la noche aquella, y á la mañana siguiente, tan luego como me desperté, mi primer pensamiento fué este: «Voy á conocer Jerusalem.»

Febrero 2 de 1873.

Fortunato vino á buscarme en la mañana de este dia, y me propuso servirme de dragoman en la Tierra Santa.

—¿Cómo quiere vd. servirme de guía en ese país que vd. no conoce? le pregunté.

—Perdon, Mr. Portillo, me contestó, yo conozco la Palestina tan bien como el Egipto, pues la he atravesado ocho veces por lo menos, de un extremo al otro.

—Entonces es otra cosa, proseguí. Para mí seria un verdadero gusto emprender este viaje en compañía de una persona conocida, pues así me estimaré menos abandonado en esa tierra. De manera que si pide vd. un precio moderado, podrá ser que admita su compañía.

Fortunato quedó pensando un rato, y al cabo me dijo:

—Déme vd. quince francos diarios durante el tiempo que dure el viaje, y yo me resolveré á abandonar mi familia por acompañar á vd., siempre que corran de cuenta de vd. todos mis gastos de viaje.

—De ninguna manera, le contesté; si no hay otro modo de arreglarnos, no será posible que venga vd. conmigo.

Fortunato reflexionó un momento, y agregó:

—Podemos hacer otra cosa. Déme vd. dos mil francos, y me comprometo á hacer conocer á vd. la Tierra Santa, haciendo yo toda especie de desembolsos.

—Es enorme, le contesté; la mitad me encuentro dispuesto á darle.

—Acepto la proposicion de vd., siempre que aumente vd. doscientos francos, haga los gastos de mar por su cuenta, como yo los haré por la mia, y consienta en que no incluyamos en nuestro itinerario, la Galilea ni la Samaría.

—En buena hora, le dije, con tal que vd. se comprometa á alojarme en buenos hoteles, y hacerme caminar con comodidad y decencia. Si me resuelvo á hacer el viaje por la Galilea y la Samaría, ya despues convendremos el precio.

—Muy bien, me contestó Fortunato lleno de gusto, voy á avisar á mi mujer. ¿Cuándo quiere vd. que partamos?

—Tengo pensado tomar el vapor austriaco que saldrá de Puerto-Said el ocho de este mes, pasando por el canal de Suez.

—Entonces, me dijo Fortunato, nos es preciso salir de aquí pasado mañana.

—Así es.

Antes que el dragoman se alejara, lo hice firmar al calce de una obligacion que escribí yo mismo, en donde quedaron consignados todos los puntos de nuestro contrato. Además de esto, le encargué que me comprara varias cosas indispensables para el camino.

Haciendo estos preparativos de viaje, pasaron dos dias.

Febrero 4 de 1873.

Salimos con direccion á Suez. Antes de pasar á la Tierra Santa, me pareció natural visitar el canal célebre, que es, á no dudarlo, la obra mas grande de nuestro siglo, y mucho mas cuando podia llenar este deseo sin desviarme de mi camino.

En el mismo wagon donde yo me hallaba, iba un inglés, jóven, de fisonomía enfermiza, muy alto y muy delgado. Desde el primer momento en que lo ví me inspiró interés este viajero, pues además de su aspecto doliente, tenia un exterior dulce y afable que prevenia en su favor.

Gran parte del camino recorrimos sin hablar palabra. Yo tenia deseo de entablar conversacion con el inglés, y él lo tenia de entablarla conmigo, á lo que yo conocia. Pero ninguno de los dos queria ser el primero en romper el silencio, detenidos por un puntillo de amor propio.

Por fin el inglés se resolvió á tomar la iniciativa, y me preguntó:

—Dispense vd., ¿cuántas estaciones hay de aquí á Ismailia?

Como yo llevaba mi guía, y además una carta del canal, pude satisfacer ámpliamente su pregunta.

De allí se extendió fácilmente la conversacion á otros puntos, y pasamos de una manera muy agradable el camino hasta Zagazig, adonde llegamos á la una de la tarde.

En Zagazig descendimos del wagon para almorzar, y á la una y media volvimos á ponernos en marcha.

El jóven inglés, teniéndome ya algo de mas confianza, me refirió en pocas palabras su historia. Se llamaba Roberto Smith, era médico y tenia veintiseis años de edad. Habia nacido en Liverpool, donde su padre tenia establecido un comercio al mayor, que le producía excelentes resultados. Recibido en Lóndres, donde hizo sus estudios, regresó á su ciudad natal lleno de esperanzas. Fué muy bien aco-

gido, y en breve adquirió alta reputacion y numerosa clientela. Amó á una hermosa jóven y fué amado por ella. Próximo ya á casarse, al dia siguiente de un baile adonde habia concurrido, arrojó sangre del pecho. Poco tiempo despues se le declaró la tisis. En vano se pusieron á contribucion todos los recursos de la medicina, pues los facultativos en varias juntas declararon incurable su mal. Desesperado y moribundo, apeló entonces Smith á un recurso extremo, y salió de Inglaterra furtivamente, dejando una carta para sus padres y otra para su prometida, en que les daba parte de su viaje. Fué á la Nueva-Holanda á buscar bajo la influencia de aquel clima benéfico, la vida que se le escapaba. Ahora volvia ya á Inglaterra. Al dejar la Oceanía se habia encontrado fuerte y lleno de salud; pero apenas llegado á Egipto, volvió á aparecer su mal con mas vehemencia que nunca.

—Contaba, me decia Smith, con que volveria á ver á mis padres y á mi novia, pero he perdido la esperanza de realizar este ensueño.

—No se desconsuele vd., le dije, pues todavía está vd. bastante robusto para vivir muchos años.

—A vd. le parece, me contestó, pero en realidad no es así. Hace quince dias estaba mas fuerte que vd., y ahora puedo apenas tenerme en pié. Temo mucho morir en el mar, extenuado por la debilidad.

—Tenga vd. valor, y vd. resistirá la enfermedad; la moral influye mucho en estos casos. Pero dígame vd., continúe, ¿por qué no se casó vd. á pesar de estar enfermo?

—Mi deber me lo prohibia, me contestó con cierto calor. Mi novia se empeñaba mas en casarse conmigo á medida que me veia mas enfermo; pero yo fuí bastante caballero para no consentir en hacer á una persona infeliz, arrastrándola en mi propia desgracia. Crea vd., lo único que deseo ahora es llegar á Liverpool, aun cuando sea espirante, para decir el adios postrero á mis padres y á ella.

Al decir esto, las lágrimas corrieron abundantemente de los ojos